

ENTRE LO IMAGINADO Y LO REAL: LAS «AGENCIAS» DE LAS MUJERES EN LOS MUNICIPIOS RURALES ANDALUCES EN LA DICTADURA FRANQUISTA

BETWEEN THE IMAGINED AND THE REAL: WOMEN'S AGENCIES IN RURAL ANDALUSIAN COMMUNITIES DURING THE FRANCOIST DICTATORSHIP

GREGORIO SANTIAGO DÍAZ
(Universidad de Granada)

TERESA MARÍA ORTEGA LÓPEZ
(Universidad de Granada)

RESUMEN

La dictadura franquista idealizó el modo de vida rural de los pueblos españoles y diferenció claramente los roles de género que debían cumplir sus habitantes. El presente artículo, asentado en documentación histórica inédita, aborda las dificultades de la vida en los pueblos andaluces y cuestiona la imagen estereotipada que el franquismo proyectó sobre las mujeres rurales. Estas se convirtieron en perfectos contramodelos: dinamizaron la vida rural, aprovecharon al máximo los recursos disponibles y se proyectaron hacia el futuro desplegando toda una serie de agencias propias. Concluimos, por tanto, que existió una realidad palpable mucho más allá de los imaginarios creados sobre las mujeres del mundo rural.

Palabras clave: comunidades rurales, Andalucía, mujeres rurales, género, franquismo.

Este artículo se ha podido realizar gracias a la ayuda de los siguientes proyectos: «Ecología, género e historia. Voces, saberes y culturas de un pasado sostenible para el futuro ecológico solidario (ECOGENERHIST)», Diputación de Granada; «Género, sustentabilidad y saberes rurales. Las mujeres del campo como agentes de cambio en la actual crisis ambiental», Ministerio de Igualdad. Instituto de las Mujeres; «La agricultura familiar en perspectiva de género: trabajo reproductivo, saberes ambientales y modelos de feminidad en Galicia y Andalucía, 1900-2011», Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

ABSTRACT

Franco's dictatorship idealised rural life in Spanish villages and imposed clearly defined gender roles on their inhabitants. This paper, based on previously unpublished historical documentation, examines the hardships of life in Andalusian villages and challenges the stereotypical image projected by Franco's dictatorship onto rural women. These women emerged as perfect counter-models: they energised rural life, made full use of the resources available and looked ahead to the future by asserting a range of autonomous forms of agency. We therefore conclude that there existed a tangible reality that went far beyond the dominant imaginaries constructed around rural women.

Keywords: rural communities, Andalusia, rural women, gender, Francoism.

RESUM

ENTRE L'IMAGINAT I EL REAL: LES «AGÈNCIES» DE LES DONES EN ELS MUNICIPIIS RURALS ANDALUSOS EN LA DICTADURA FRANQUISTA

La dictadura franquista va idealitzar el mode de vida rural dels pobles espanyols i va diferenciar clarament els rols de gènere que havien de complir els seus habitants. El present article, assentat en documentació històrica inèdita, aborda les dificultats de la vida als pobles andalusos i qüestiona la imatge estereotipada que el franquisme va projectar sobre les dones rurals. Aquestes es van convertir en perfectes contramodels: van dinamitzar la vida rural, van aprofitar al màxim els recursos disponibles i es van projectar cap al futur desplegant tota una sèrie d'agències pròpies. Concloem, per tant, que va existir una realitat palpable molt més allà dels imaginaris creats sobre les dones del món rural.

Paraules clau: comunitats rurals, Andalusia, dones rurals, gènere, franquisme.

INTRODUCCIÓN

Durante las primeras décadas de la dictadura, la prensa del régimen franquista idealizaba el estilo de vida en el mundo rural, donde todos sus elementos encajaban en una armonía perfecta combinando trabajo, tradición y valores patrióticos.¹ Por el contrario, y al mismo tiempo la prensa local se hacía eco de las necesidades más acuciantes y los problemas estructurales de los pueblos españoles: la escasez de trabajo, la poca cualificación obrera o el bajo nivel cultural de una población pasiva y aletargada.² Y, del mismo modo, a la vez que el régimen intentaba inculcar a mujeres y niñas el modelo femenino de ser madres y esposas, las mujeres rurales se erigieron como contramodelos dinamizando la vida de los pueblos y aprovechando al máximo los recursos disponibles: trabajaron en el campo, soportaron la emigración—sus maridos emigraban y se quedaban solas a cargo de su prole—y se proyectaron hacia el futuro con la esperanza de que sus hijos e hijas alcanzaran un futuro más próspero que el suyo.³ Una cosa era lo imaginado y otra muy distinta lo real.

1 *Baleares: órgano de FET y de las JONS*, Año V, nº 1.285, 24 de diciembre de 1943, p.1 e *Imperio: Diario de Zamora de FET y de las JONS*, Año VI, nº 1.493, 15 de octubre de 1941, p.8.

2 *El Cronista del Valle*, Año III, nº 101-103, 12 de septiembre de 1959.

3 CABANA IGLESIA, Ana et al. (2021), "Trajinar sin descanso: mantenedoras, cuidadoras y contramodelos. Un relato en femenino de la posguerra española", *Historia del Presente*, 38, pp. 67-88 y ORTEGA LÓPEZ, Teresa y SANTIAGO DÍAZ, Gregorio (2023), "'Yo solica y él en Alemania'. La mujer del mundo rural andaluz y extremeño frente a la emigración masculina durante el franquismo (1955–1975)", *Rubrica Contemporánea*, 12, 23, pp. 251-271.

Precisamente durante los últimos años la historiografía ha cuestionado esa imagen idílica que se proyectó sobre el mundo rural y sus habitantes. De un lado, se ha intentado poner de manifiesto que en los pueblos rurales del sur español no se acabó con la pobreza tras los años de posguerra y que los desequilibrios socioeconómicos del campo continuaban, tal y como aborda este trabajo.⁴ De otro, se ha levantado la capa de invisibilidad que portaban las mujeres campesinas y se ha roto con los estereotipos negativos, ya que estas fueron un sujeto político fundamental que el Estado y la sociedad de la época siguieron escondiendo o subordinando desde unos marcos sexistas aceptados por la gran mayoría⁵. De ahí que se haya puesto el énfasis en la forma en que se construyeron estos discursos de género y cómo muchas mujeres rurales los desafiaron como trabajadoras, sindicadas del campo, emigrantes en las ciudades, «folkloricas» en distintos círculos culturales o «viudas blancas» en la cotidianidad familiar.⁶ Del mismo modo, se ha reconocido que los hombres fueron apelados en estos discursos agraristas, que venían a reafirmar concepciones conservadoras de su masculinidad o urbanocentristas, que acostumbraban a despreciar a «catetos», «gañanes» y «gitanos».⁷ Una vez más, la realidad distaba de asemejarse a estas

- 4 DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio (eds.) (2020), *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, o HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y ROMÁN RUIZ, Gloria (2022), “De la parálisis al movimiento. La transformación de la sociedad y de las mentalidades durante el franquismo (1952-1969): una mirada desde el atrasado sur”, *Hispania*, vol. 82, n° 272, pp. 639-668.
- 5 ORTEGA LÓPEZ, Teresa María *et al.* (2018), “Mujeres en el tajo. La visibilización de las trabajadoras agrarias durante el franquismo a través del Censo de Mujeres Campesinas (1959)”, *Arenal*, 25-1, pp. 5-24; ORTEGA LÓPEZ, Teresa María y CABANA IGLESIAS, Ana (2021), “Haberlas, haylas”. *Campesinas en la historia de España en el siglo xx*, Marcial Pons, Madrid; ORTEGA LÓPEZ, Teresa María y ROMÁN RUIZ, Gloria (2021), “Las campesinas de Franco. El trabajo agrario femenino en la crisis de la agricultura tradicional”, *Historia Social*, 99, pp. 99-118.
- 6 RUIZ MUÑOZ, María Jesús y SÁNCHEZ ALARCÓN, Inmaculada (2008), *La imagen de la mujer andaluza en el cine español*, Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, pp. 32-33; WOODS, Eva (2012), *White Gypsies. Race and stardom in Spanish musicals*, University of Minnesota Press, Minneapolis; ÁLVAREZ RODRIGO, Álvaro (2022), *Fisuras en el firmamento. El desafío de las estrellas del cine al ideal de feminidad del primer franquismo*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia; ORTEGA LÓPEZ, Teresa María y SANTIAGO DÍAZ, Gregorio (2023), “‘Yo solica y él en Alemania’. La mujer del mundo rural andaluz...”, pp. 251-271; JIMÉNEZ AGUILAR, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (2024), “Tras el dolor y la alegría. Feminidades y masculinidades andaluzas rurales en el franquismo”, en HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (eds.), *El franquismo en Andalucía. Mitos y realidades*, Comares, Granada, pp. 65-84.
- 7 JIMÉNEZ AGUILAR, Francisco (2023), *Masculinidades en vertical. Género, nación y trabajo*

imágenes ideales de los campesinos. Muchos de los habitantes del campo no coincidían con ese labrador, padre de familia, de cariz rudo y tradicional, cristiano unas veces, rebelde y apolítico otras. Otros experimentaron durante el denominado «éxodo rural» lo que era la vida en las ciudades, en una o varias etapas de sus vidas, sirviendo de puente entre estos dos «mundos» en apariencia tan distintos y en la práctica tan unidos. Asimismo, en el transcurso de estas décadas el campo no quedó exento de las dinámicas políticas. El cambio vivido durante la Transición a la democracia refleja que el mundo agrario fue un agente político imprescindible⁸, cuya politización y movilización ha de rastreadse a lo largo de todas las etapas precedentes: la Restauración, la Segunda República, la Guerra Civil y la Dictadura Franquista.⁹

De esta forma, el presente trabajo pretende arrojar respuestas de la realidad de los pueblos andaluces frente a las construcciones generalizadas del agro-rural desde una perspectiva regional, económica, pero, particularmente, desde la óptica del género, acercándonos a las mujeres rurales de las décadas finales del franquismo. Para ello analizaremos los informes de las cátedras ambulantes de la Sección Femenina como fuente principal, usando noticias periodísticas, canciones o películas que reflejaron estos discursos sobre las mujeres de la Andalucía rural como complemento.

en el primer franquismo, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, pp. 147-149.

- 8 HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, Antonio (2009), "Otra lectura de la Transición española es posible: la democratización del mundo rural (1975-1982)", *Ayer*, 74, pp. 219-240; FERNÁNDEZ AMADOR, Mónica y QUIROSA-CHEYROUZE MUÑOZ, Rafael (coords.) (2017), *Movimientos sociales e instituciones locales en la transición. La lucha por la democracia en la Andalucía rural*, Madrid: La Catarata, Madrid.
- 9 BERNAL RODRÍGUEZ, Antonio-Miguel (1993), "Resignación de los campesinos andaluces, la resistencia pasiva", en ORTIZ HERAS, Manuel et al. (coords.), *España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, pp. 145-159; FUENTES NAVARRO, María Candelaria y COBO ROMERO, Francisco (2016), *La tierra para quien la trabaja: Los comunistas, la sociedad rural andaluza y la conquista de la democracia (1956-1983)*, Editorial Universidad de Granada, Granada; SALVADOR GALINDO, Néstor (2018), *El papel de los movimientos sociales y sindicales en la democratización del mundo rural andaluz desde la Transición*, Tesis doctoral, Universidad de Granada; ARRIAZA FERNÁNDEZ, Gerardo (2018), *Por el campo vendrá la prosperidad: El proceso democratizador en los municipios agrarios de Jaén y Granada (1975-1982)*, Tesis doctoral, Universidad de Granada; ROMÁN RUIZ, Gloria (2019), "'Escuelas de democracia'. El tajo y la parroquia como espacios cotidianos de conflictividad durante el franquismo final en el campo altoandaluz", *Historia Agraria*, 79, pp. 187-216; Id. (2020), *Franquismo de carne y hueso. Entre el consentimiento y las resistencias cotidianas (1939-1975)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, pp. 177-325.

En primer lugar, abordaremos los análisis que realizaban las jefas de las cátedras en su transitar por los pueblos andaluces. Estas esbozaban un mundo rural lleno de apatía y desidia, con problemas sociales que no habían sido resueltos por el nuevo régimen. Un mundo, pues, totalmente alejado del imaginado por el franquismo que, como otros regímenes fascistas, parafascistas y autoritarios, imaginó el campo como un lugar idílico que escenificaba su cosmovisión nacional.¹⁰ El campo fue concebido como un receptáculo de los «valores de la raza», base para la creación de una nueva sociedad ideal autosuficiente y superior. Para las autoridades, dotar de una mayor importancia al campo español supondría continuar con la historia y reconquistar el futuro, otorgando «pan, belleza y alegría a nuestra desvalida Patria».¹¹ Las Cátedras Ambulantes, sin embargo, evidenciaron una clara disociación entre lo imaginado y lo real a cuenta de los problemas estructurales que nunca llegaron a ser resueltos por los «visionarios» del nuevo mundo.

El segundo apartado lo centraremos en mostrar la actuación de esas cátedras en los municipios rurales y cómo construyeron los tipos ideales de feminidad que el régimen franquista y el falangismo imponían: el de ser madres y esposas.¹² A ello respondían, por ejemplo, las enseñanzas en puericultura —«el cuidado e higiene de los pequeños»— en cocina, labores o trabajos manuales que instruían en la manera de «hacer más cálido y amable la vida del hogar».¹³ Las mujeres rurales andaluzas fueron sometidas a los mismos discursos que los hombres. La modernización autoritaria de la economía y la familia, que vino acompañada de una reacción antifeminista, implicó la necesidad de perpetuar una organización familiar patriarcal en la agricultura para reproducir un modelo de organización capitalista en la misma. Con ello se pretendía luchar contra el paro agrícola masculino, que en la práctica estaba más relacionado con otras problemáticas como la destrucción de la agricultura tradicional, los crecientes monocultivos o la orientación económica hacia otros sectores productivos. Irrecusable-

10 ALARES LÓPEZ, Gustavo (2011), «Ruralismo, fascismo y regeneración: Italia y España en perspectiva comparada», *Ayer*, 83, pp. 127-147.

11 «El campo español», *Patria* (Granada), 10 de mayo de 1942, p. 8.

12 MOLINERO, Carme (1998), «Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un “mundo pequeño”», *Historia Social*, 30, pp. 97-117, BARRERA, Begoña (2019), *La Sección Femenina, 1934-1977: historia de una tutela emocional*, Alianza, Madrid.

13 *Granada Gráfica*, Año IX, nº 70, junio de 1960, p. 48 y SÁNCHEZ LLAMAS, Francisco J. (1994), «Dos visiones de educación popular: el Patronato de las Misiones Pedagógicas y las Cátedras Ambulantes de la Sección Femenina. Sus actuaciones en Málaga», *Isla de Arriarán: revista cultural y científica*, 4, pp. 129-140, p. 133.

mente, las instituciones conocían la realidad sistemática del trabajo femenino agrario, de ello las múltiples iniciativas para promoverlo por parte la Sección Femenina de FET-JONS o el Ministerio de Agricultura ya desde la Guerra Civil. Esto no sería un impedimento para que con el argumento de restablecer el orden familiar se promovieran políticas orientadas a la domesticidad y auxiliaridad laboral de las mujeres, lo que repercutió en la reducción de los salarios, sus peores condiciones de trabajo o su escasa consideración social.¹⁴

La disociación de nuevo entre el ideal y la realidad nos llevará, por último, a cuestionarnos el modelo de feminidad oficial y los estereotipos y roles de género a él ligados. Para ello atenderemos a las oportunidades que las mujeres del rural crearon en sus localidades ante las nuevas circunstancias políticas, sociales y económicas, y que desembocaron en el desarrollo de una agencia propia y unos «contramodelos» opuestos a los oficiales de la dictadura. Las experiencias de la inmensa mayoría de las andaluzas de los municipios rurales y agrarios distaron de estos discursos. Puede decirse sin ambages que la economía agraria impedía que las mujeres pudieran dedicarse en exclusiva a «sus labores» en el hogar. La gran mayoría trabajó en las explotaciones familiares o fue empleada en determinados cultivos como el algodón, el olivo o la uva.¹⁵ Una cantidad no desdeñable de andaluzas se vieron forzadas a emigrar en busca de un futuro mejor a las ciudades o se fueron del país. Películas como *Congreso en Sevilla* (1955) de Antonio Román dan cuenta de los flujos migratorios de mujeres a otros lugares y la mayor agencia que estas experiencias fuera de las imposiciones de la dictadura y de la «ecología» de las relaciones de género de muchas comunidades agrarias les ofrecía para liberarse. Incluso, el éxodo masculino a la ciudad hizo que muchas de ellas tuvieran que ejercer como «viudas blancas», que dirigieron y trabajaron las propiedades familiares.¹⁶ Conforme aumentó la movilización social en el segundo franquismo, ellas protagonizaron de igual forma a nivel municipal, vecinal o sindical las luchas políticas, aun siendo constantemente discriminadas por sus compañeros o se valieran de estos estereotipos sexistas en sus reivindicaciones políticas.

14 ORTEGA LÓPEZ, Teresa María y COBO ROMERO, Francisco (2017), "'Guardianas de la raza'. El discurso 'nacional-agrarista' y la movilización política conservadora de la mujer rural española (1980-1939)", *Historia y Política*, 37-1, pp. 57-90.

15 MASUR, Jenny (1984), "Women's Work in Rural Andalusia", *Ethnology*, 23-, pp. 25-38; ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (2012), "Campesinas. Nuevos sujetos para la investigación histórica", *Alcores*, 14, pp. 51-69.

16 ORTEGA LÓPEZ, Teresa María y SANTIAGO DÍAZ, Gregorio (2023), "'Yo solica y él en Alemania'. La mujer del mundo rural andaluz...", pp. 251-271.

CAMBIO DE ÉPOCA, VIEJOS PROBLEMAS

Como es bien sabido, a mediados de los años cincuenta tuvo lugar en España la gran transformación de la agricultura, que sería a la vez causa y efecto del profundo cambio social y económico experimentado por la sociedad española.¹⁷ En poco menos de diez años se produjo el tránsito de una España eminentemente agraria a una España urbana y con una economía industrial y de servicios cada vez más potente. Este momento de cambio comenzó hacia 1955, fecha en la que empieza a superarse la larga posguerra, la recesión y el estancamiento económico causados por la autarquía. Y comienza asimismo el proceso de recuperación económica, a la vez que tuvo lugar el fin del aislamiento internacional del régimen franquista. En esos años se produjo un giro de la política agraria orientado al incremento de la productividad de la agricultura, y que trató de responder a las primeras manifestaciones de lo que se llamaría «la crisis de la agricultura tradicional», provocada, entre otros factores, por el éxodo rural que empezaba a despuntar y que se manifestaría plenamente en los años sesenta.

Fueron, pues, años en los que se inició la modernización de la agricultura y que cambiaron para siempre el paisaje agronómico y social del campo español. El mundo rural de Andalucía oriental, sin embargo, en la década de los cincuenta, no había conseguido borrar los elementos definitorios de la década previa y que venían determinados por el final de la guerra civil. El miedo, la pobreza, la enfermedad, el pecado, la delincuencia, y, por supuesto, el patriarcado, seguían siendo las notas dominantes. Junto a ellas persistía la naturaleza extremadamente violenta que revistió la represión de las autoridades franquistas y que dirigió contra los sectores populares. De modo que un extenso colectivo de trabajadores agrícolas y sus familias, que habían sufrido en sus carnes el hambre durante la inmediata posguerra, no lograron zafarse fácilmente de la miseria y la pobreza en los años siguientes.¹⁸ La subsistencia continuaba erigiéndose como la principal preocupación de las familias campesinas pues, aunque la disponibilidad de alimentos se había paliado, no lo había hecho del mismo modo el acceso a ellos.¹⁹

17 Existe una ingente investigación sobre esta transformación. Citamos como buena síntesis el capítulo de ABAD BALBOA, Carlos (1997), "Sobre la 'modernización' de la agricultura española (1940-1995): de la agricultura tradicional a la capitalización agraria y la dependencia asistencial", en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Juan Jesús y GÓMEZ BENITO, Cristóbal (coords.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, CIS, Madrid, pp. 249-316.

18 SANTIAGO DÍAZ, Gregorio (2023), *Franquismo patógeno. Hambruna, enfermedad y miseria en la posguerra española (1939-1953)*, Universidad de Granada, Granada. SANTIAGO DÍAZ, Gregorio (2024), "Pagar la tierra". *Historia y memoria de los Montes Orientales de Granada (1931-1981)*, UJA Editorial, Jaén.

19 DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (2020), "¿Se acabó la miseria? La realidad socioeconómica en los años cincuenta", p. 53.

Este contexto venía determinado por ser una región dedicada prácticamente en exclusividad a la actividad agrícola, controlada por los patronos en virtud de las disposiciones que el régimen franquista implantó en el campo y que otorgaron toda capacidad de decisión a los propietarios. El excesivo número de brazos y los bajos salarios actuaron en favor de estos, que sacaron el máximo rendimiento a sus tradicionales explotaciones.²⁰ Ello se traducía en un estilo de vida en el campo rutinario y monótono, marcado por la lucha diaria por subsistir. Tal y como recuerda en sus memorias el granadino Manuel Álvarez (Píñar, 1930) a finales de los cincuenta, para los hombres, la vida rural consistía solamente en «trabajo, casa y taberna».²¹

La documentación de las cátedras ambulantes nos acerca a esa vida cotidiana rural de los años cincuenta y sesenta, demostrando la persistencia de la escasez y las penurias para la población del campo. Así, entendemos que la pasividad, la apatía o la desgana a la que hacían referencia tanto la prensa como los propios informes de estas cátedras itinerantes se vinculaban estrechamente con los condicionantes político-represivos y socioeconómicos que existían en el oriente andaluz, pero también con una actitud conformista hacia el régimen franquista, según la cual, aunque continuaran las desdichas y desventuras, la situación había mejorado en comparación con el hambre de posguerra.²² Esto lo demuestra, por ejemplo, el juicio de la jefa de la Cátedra de Porcuna, en Jaén, cuando aseveraba que «la gente es muy apática, no les entusiasma nada, todo les da igual y no son capaces de luchar por nada que les cueste, aunque esto sea poco».²³

Sin embargo, el panorama seguía siendo más bien trágico. A la altura de los cincuenta y los sesenta podemos decir que existían cuatro grandes problemas en el mundo rural altoandaluz: el paro obrero, la alimentación, la sanidad y la higiene, y el de la cultura y la educación. Problemas como estos no constatan precisamente el mito afectivo como el de la «alegría

20 DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (2005), *Las alas del Ave Fénix: la política agraria del primer franquismo (1936-1959)*, Comares, Granada; COBO ROMERO, Francisco (2022), *De la democracia rural a la contrarrevolución autoritaria. República, guerra y dictadura en Andalucía*, UJA Editorial, Jaén y COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (2004), "Hambre, sumisión y miseria. Aspectos sociales y económicos de la agricultura de la Andalucía oriental durante la primera etapa del régimen franquista, 1936-1953" en NAVAJAS ZUBELDÍA, Carlos (Coord.), *Actas del IV Simposio de Historia Actual: Logroño, 17-19 de octubre de 2002*, 2, pp. 585-618.

21 ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, Manuel (sin fecha), *Algo que contar*, Edición Personal, autopublicada, p. 123.

22 HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y ROMÁN RUIZ, Gloria (2022), "De la parálisis al movimiento. La transformación de la sociedad..." , p.647.

23 Archivo Histórico Provincial de Jaén (AHPJ), 9481, Porcuna (1955).

andaluza», explotado durante el franquismo. El mayor de todo ellos era el paro estacional que relegaba a la pobreza a buena parte de la población sin acceso a la propiedad de la tierra o a aquellos pequeños propietarios cuyas parcelas se encontraban en exceso fragmentadas hasta el punto de no permitir la subsistencia familiar. Este era un tema central en el mundo rural al que aluden los informes de las cátedras ambulantes desde los años cincuenta: «la mayoría de los hombres trabajan en el campo y por lo tanto tienen sus épocas de paro», «trabajan acarreando leña o en lo que sale» o «debido al pequeño trozo del terreno que tienen no pueden vivir y tienen que salir fuera para ganar un jornal».²⁴ En los años sesenta ya se aludía a este problema como la causa de la emigración pues «los obreros tienen que aceptar sueldos muy pequeños si no quieren irse al extranjero», al tiempo que se solicitaba una inspección de trabajo para aclarar tales «anomalías».²⁵ A comienzos de los setenta la situación era muy similar. En el municipio granadino de Iznalloz el problema del paro obrero continuaba siendo el más «acuciante», agudizado en 1972 por la pérdida de la cosecha de la aceituna. El régimen franquista trató de remediar el paro con la construcción de pequeñas obras públicas como el arreglo de calles o caminos vecinales, pero no evitó que el paro obrero estacional en el campo de la Andalucía oriental actuara como el acicate más importante para la emigración hacia las ciudades industriales españolas y europeas. Continuando con el ejemplo de Iznalloz, en el mismo año de 1972 se aludía a que emigraban «la inmensa mayoría de los jóvenes de uno y otro sexo».²⁶ Del mismo modo, otro municipio de la provincia de Granada, Dehesas Viejas, había visto reducido su padrón a la mitad en tan solo «seis o siete años» ya que la emigración era «bastante intensiva».²⁷

En cuanto a la alimentación, todavía existían sectores de la población rural que no accedían a una dieta completa por falta de recursos, lo que se traducía en una evidente falta de vitaminas especialmente en los niños. Fue uno de los asuntos a los que las divulgadoras de las cátedras de Sección Femenina dedicaron más tiempo, ya que se ocuparon de realizar un seguimiento especial a la población infantil, repartiendo, por ejemplo, leche en polvo o harina en las llamadas Campañas de Alimentación Infantil.²⁸ No obstante, este tipo de actuaciones solo resolvían temporalmente desequilibrios de

24 AHPJ, 9481, Jódar (1955), Santiago de la Espada (1956) y AHPJ, 9482, Solana de Torralba (1962-1964).

25 AHPG, 3168, Benalúa de Guadix (1965)

26 AHPG, 3168, Iznalloz (1972)

27 AHPG, 3168, Dehesas Viejas (1973).

28 AHPJ, 9481, Jódar (1955)

carácter estructural. Lo afrontaron repartiendo y administrando todo tipo ampollas o inyecciones para mejorar la salud y vitalidad de los habitantes del campo como las de calcio o las de vitaminas.²⁹ En Porcuna (Jaén) el reconocimiento médico de los infantes sacó a la luz que prácticamente todos ellos, unos 83, se encontraban «anémicos» por lo que se repartieron «muchas vitaminas, calcio y medicamentos de este tipo».³⁰ Una forma de operar que parecía ser una continuación del proceso de medicamentación del hambre de posguerra, por el que se buscaba paliar las necesidades y carestías a través de fármacos.³¹ De hecho, la población requería de esta forma de proceder, como cuenta la jefa de la cátedra de Jódar localidad de la provincia de Jaén en 1955:

«El primer día subimos al anochecer con una campanilla para reunir a todo el mundo. Como es un monte lleno de cuevas nos parábamos en algunas mesetas y explicábamos a las que acudían para lo que las queríamos. A estas mujeres no les importaba lo que le decíamos y lo que nos preguntaban era que, si llevábamos algo para darle, importándoles mucho las medicinas».³²

Las condiciones de sanidad e higiene, tanto en el espacio público como en el privado, dejaban todavía mucho que desear. Localidades como la jienense de Santiago de la Espada se encontraban muy sucias en su aspecto urbano, con calles donde se arrojaban «todos los desperdicios» mientras que en otras como Aldeahermosa existían pozos negros o letrinas que se constituían como un auténtico foco de infección.³³ Para las fachadas de las casas las cátedras repartieron grandes cantidades de cal al objeto de que estas fueran encaladas. Las viviendas, por su escasez, construcción, delimitación de espacios o los usos de estos, se convirtieron en un foco insalubre en el mundo rural. De un lado, nos encontramos con viviendas poco amplias conformadas generalmente por una cocina y dos habitaciones que, sin ventilación, albergaban a un matrimonio con una prole de hasta nueve hijos. Se

29 AHPJ, 9481, Jódar (1955), Génave (1955), Mancha Real (1955), Castillo de Locubín (1956), AHPG, 3168, Íllora (1956)

30 AHPJ, 9481, Porcuna (1955).

31 BUENO VERGARA, Eduardo y PERDIGUERO GIL, Enrique (2021), *“Asistencia sanitaria en tiempos de escasez: el Seguro Obligatorio de Enfermedad en el primer franquismo”*, comunicación presentada al Seminario Internacional “La hambruna española del franquismo (1939-1952)”, Universidad de Granada, Granada.

32 AHPJ, 9481, Jódar (1955)

33 AHPJ, 9481, Santiago de la Espada (1956) y AHPJ, 9482, Aldeahermosa (1963)

trataba, por lo tanto, de un hacinamiento en las viviendas en las que incluso a veces vivían «tres y cuatro familias en la misma casa» como ocurría en Alcalá la Real y que derivaba en un «menoscabo moral y sanitario». ³⁴ De otra parte, se usaban dichos espacios de forma anómala puesto que, al no existir cuadra, los animales, imprescindibles para el trabajo diario, dormían en la habitación «de fuera», la que tenía una ventana y, por tanto, mejor ventilación. ³⁵ Todavía en la década de los setenta en muchos pueblos como el de Iznalloz existían problemas en cuanto a las viviendas, puesto que familias muy numerosas se hacinaban en casas pequeñas medio derruidas. ³⁶

Esta casuística daba lugar a la propagación de enfermedades como la tuberculosis o el tifus. En Santiago de la Espada el reconocimiento médico de niños y niñas arrojó que el 35% de ellos eran tuberculosos, al mismo tiempo que en los adultos se registraron «muchos casos y uno tan urgente que tenemos que ingresar a una madre con tres niños pequeños en el Sanatorio de Jaén». ³⁷ Del mismo modo, la inexistencia de traída de aguas y la necesidad de acudir a los arroyos o ríos cercanos para beber o para lavar, hacían que estos se convirtieran en focos de infección como ocurrió en los sesenta en Venta de los Santos (Jaén) donde «el que no tiene pupas está enfermo del riñón, otros con costras» o ya en los setenta en Colomera (Granada) donde los mismos elementos de la cátedra advirtieron de la contaminación del agua y de la posible propagación de enfermedades como el tifus. ³⁸

Por último, la cultura, educación y formación de la población era más bien escasa. En algunas localidades el analfabetismo llegaba al 80% como en Jódar o al 90% como en Solana de Torralba, las dos de la provincia de Jaén. ³⁹ Esta cruda realidad aumentaba en la población de más de 40 años, mientras que para la población en edad escolar no existían más medios que las escuelas nacionales para el aprendizaje, promoción y vistas hacia el futuro. En los años setenta existía en el mundo rural una carencia notable de centros de enseñanzas medias. En Iznalloz se daba el caso en 1972 que, existiendo la necesidad de un centro que recogiera al alumnado del pueblo y sus alrededores, estaba en construcción un instituto, a medio hacer, «parada la obra hace ya bastante tiempo». Tanto el alcalde como el párroco coincidían en señalar como problemas fundamentales de su localidad la falta de puestos escolares en la enseñanza básica y media. De esta manera,

34 AHPJ, 9481, Alcalá la Real (1955).

35 AHPJ, 9481, Villarodrigo (1955) y Santiago de la Espada (1956)

36 AHPG, 3168, Iznalloz (1972)

37 AHPJ, 9481, Santiago de la Espada (1956).

38 AHPJ, 9482, Venta de los Santos (1963) y AHPG, 3168, Colomera (1971)

39 AHPJ, 9481, Jódar (1955) y AHPJ, 9482, Solana de Torralba (1962-1964).

no era de extrañar que de los algo más de 8.000 habitantes que poseía la citada localidad, tan solo 10 eran estudiantes universitarios en 1972.⁴⁰ Encuestado por la Comisión Nacional del Apostolado Rural, un habitante de un pueblo granadino admitía que:

«Aquí es un lujo que los labradores de esta categoría puedan darles estudios a sus hijos. Ahora las cosas están mucho peor y no sé qué sucederá con los que les coja a medio camino. La familia labradora no tiene ninguna facilidad para la educación de sus hijos. No se conoce otro oficio que labrar la tierra, y eso no le parece ni bonito ni feo, sino que sigue trabajando por rutina y porque hay que vivir».⁴¹

En resumen, los informes de las cátedras ambulantes nos dibujan un mundo rural durante los años cincuenta, sesenta y comienzos de los setenta en el que esa «alegría andaluza», se tornaba con frecuencia en tristeza ante el desigual avance de la modernidad franquista que tuvo consecuencias negativas en los hombres y, sobre todo, en las mujeres. El desarrollismo franquista no palió por completo la escasez de trabajo, la precariedad alimenticia, la insalubridad de casas y pueblos o las condiciones culturales de la población rural. La carestía de la vida y la falta real de alternativas, oportunidades y expectativas de futuro podrían encontrarse, pues, detrás de esa apatía y desgana de la que hablaba tanto la prensa como los informes a los que hemos acudido y provocaron una masiva emigración, entendida como una vía de escape.

LAS CÁTEDRAS AMBULANTES: UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

Los problemas descritos no eran nuevos, pero sí se agudizaron en la posguerra. El nuevo régimen político franquista, influenciado por el totalitarismo de Falange, buscó construir en los municipios rurales un nuevo orden socioeconómico suprimiendo cualquier forma de organización autónoma y plural y estableciendo estructuras controladas por el Estado.⁴² Las nuevas autoridades implementaron proyectos encaminados a la elevación del nivel de vida de la familia rural. Proyectos herederos del reformismo social de

40 AHPG, 3168, Iznalloz (1972).

41 Comisión Nacional de Apostolado Rural (1962), *La familia rural, a la conquista de un mejor nivel de vida. Encuesta Campaña Experimental 1962-64*, Madrid, p. 8.

42 FERNÁNDEZ PRIETO, Lourenzo y PAN-MONTOJO, Juan (2022), "La destrucción de las asociaciones agrarias y rurales y el proyecto totalitario de Falange en la construcción del orden franquista (1936-1947)", *Historia social*, 2022, (102), pp. 125-142.

antaoño, pero con una pátina de tradicionalismo y conservadurismo que los alejaba del genuino carácter liberal y reformista que habían tenido en sus inicios.

Las cátedras ambulantes de Sección Femenina de Falange fueron unos centros móviles e itinerantes que promovieron el desarrollo social y profesional de las zonas rurales económica y culturalmente más deprimidas de la España franquista.⁴³ Surgieron en 1946 y desde mediados de los años cincuenta se extendieron por toda la geografía española. Las cátedras, conformadas por un equipo de seis personas, se instalaban en los pueblos durante 30 o 45 días e iniciaban toda una labor educativa encaminada a mejorar las condiciones de vida y las expectativas de futuro en el medio rural a través de la formación básica y la capacitación profesional.⁴⁴ La idea principal sobre la que sustentaban estaba en estrecha relación con el falangismo, que buscaba conectar con la población del mundo rural, con las clases populares de la periferia, al mismo tiempo que las vinculaba de alguna manera con un Estado, el franquista, que parecía desatender las necesidades reales de estas humildes localidades.⁴⁵ Del mismo modo, a través de la Sección Femenina, el falangismo pretendía replicar sus estructuras estatales a nivel local, dejando un poso, un hilo del que tirar por parte de las mujeres rurales de los municipios sobre los que incidían las cátedras, que pasarían a conformar los centros locales de la Sección Femenina.⁴⁶ Esta situación llevaba a consideraciones sobre la familia y la discusión sobre el rol de la mujer en la solución de los problemas del campo.

Para alcanzar tales objetivos el instrumento fundamental fue la mujer rural a partir del modelo femenino que impulsó el nacionalcatolicismo: la mujer

43 PÉREZ MORENO, Heliodoro (2011/2012), "La asistencia sanitaria como función circumformativa de la Cátedra ambulante de Huelva (1956-1977)", *Cuestiones Pedagógicas*, 21, pp. 200-203.

44 GÓMEZ FERNÁNDEZ, Ana Belén (2012), "La labor político-social de Sección Femenina durante el franquismo en Jaén", *El Futuro del Pasado*, 3, pp. 161-184, RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía (2015), "El campo como refugio, el ocio como instrumento. Las Cátedras Ambulantes y la política juvenil de Sección Femenina en el sureste, 1953-1964", *Historia Actual Online*, 36, pp. 117-132 y REBOLLO MESAS, Pilar (2005), "Viaje al centro de ninguna parte: historia de las Cátedras ambulantes" en SABIO ALCUTÉN, Alberto y FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (coords.) *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón (Barbastro, 3-5 de julio de 2003)*, Instituto de Estudios Aragoneses, pp. 281-288.

45 GÓMEZ FERNÁNDEZ, Ana Belén (2012), "La labor político-social de Sección Femenina durante el franquismo en Jaén", p. 171.

46 PÉREZ MORENO, Heliodoro (2011/2012), "La asistencia sanitaria como función circumformativa de la Cátedra ambulante de Huelva (1956-1977)", p. 201 y REBOLLO MESAS, Pilar (2005) "Viaje al centro de ninguna parte: historia de las Cátedras ambulantes" p. 285.

campesina como eje elemental de la familia, a la que contribuía también con su trabajo en el campo. La mujer, transmisora primaria de valores y costumbres tradicionales, apuntalaría aún más la supervivencia y estructura familiar con nuevas capacidades intelectuales y habilidades higiénicas, eugenésicas y técnicas, las que iban a proporcionar las cátedras ambulantes.⁴⁷ De esta suerte, cuando las cátedras se instalaban en una localidad, el equipo de las «chicas de Falange», tal y como se aludían a ellas en la prensa, se reunían con las autoridades locales que, en la gran mayoría de ocasiones, colaboraban de manera entusiasta tanto por la monotonía y dureza de la vida rural como por la doctrina ideológica que las Cátedras llevaban consigo. Después, se organizaba cómo se iba a llevar a cabo la publicidad o propaganda para notificar al pueblo entero la buena nueva. Así, se utilizaron pregones, carteles y octavillas que explicaban de forma resumida la labor que iba a llevar a cabo la Cátedra y animaban a la participación de los habitantes.⁴⁸

El tipo de tareas para las que se suponía debía ser asesorada y capacitada la mujer rural estaban inscriptas por supuesto en la tradicional división de género.⁴⁹ La selección y adjudicación de conocimientos en función del sexo, lo mismo que la manera y eficacia de transmitirlos indicaban las connotaciones ideológicas de una estructura patriarcal que perpetuaba la diferencia de trabajos y valores encaminados a mantener la subordinación de la mujer al hombre. Era a ellas (a las mujeres) a las que se destinaban los cursos de economía doméstica. También la cría de pequeños animales, la avicultura y la cunicultura eran consideradas su área de competencia. Asimismo, se les enseñaba a las jóvenes distintos aspectos vinculados a la elaboración de diversos alimentos derivados de los animales de corral, a la costura, la higiene en el hogar y la puericultura, considerando que de esa manera no sólo se realizaría una contribución económica al hogar sino también se podría elevar el nivel de vida y la alimentación familiar.

En el transcurso del desarrollismo, este modelo de mujer rural se fue adaptando a los nuevos requerimientos formativos y profesionales que se demandaron de las mujeres, siempre en desigualdad con los hombres. Canciones compuestas en aquellos años han dado cuenta de este influjo, como la que citamos a continuación:

47 GÓMEZ FERNÁNDEZ, Ana Belén (2012), "La labor político-social de Sección Femenina durante el franquismo en Jaén", p. 166 y 172.

48 AHPJ, 9481, Mancha Real (1955) y Porcuna (1955)

49 Véanse los documentales de RTVE sobre las "Cátedras Ambulantes": <https://www.rtve.es/play/videos/revista-imagenes/catedras-ambulantes/2867240/> y <https://www.rtve.es/play/videos/documentales-color/catedras-ambulantes/2892439/>

«Cuando vienen los labriegos del campo de trabajar todos van a la Cátedra, algunos a medio cenar. En los pueblos que recorre un grato recuerdo queda y a los que aún no han llegado con paciencia la esperan. Dios bendiga la grandeza de esta Cátedra ambulante	y a estas siete falangistas, que son estrellas errantes. Nos enseñan a hacer queso, Haciendo brotar el suero; cómo se soban las pieles y pellicas de cordero. Nos enseñan a hacer granjas, también enseñan a leer; Esto vale más dinero Que el mundo pueda tener». ⁵⁰
---	---

Sin embargo, las reticencias de la población, especialmente durante las primeras cátedras de la segunda mitad de la década de los cincuenta, fueron enormes. A pesar de que la prensa lanzaba consignas tales como «nuestros campesinos, de corazón abierto y generoso, acogen llenos de ilusión a los jóvenes llegados de la capital para enseñarles cosas que ignoran»⁵¹, existía en el mundo rural un miedo notable y un escepticismo ante cualquier medida o novedad que se proponía por parte del régimen franquista, especialmente si se trataba de una intervención directa en los pueblos como era el caso de las cátedras ambulantes. En un principio, los asistentes a los cursos eran escasos debido a la desconfianza y los rumores que la población, dudosa de lo que acontecía, compartían. En Jódar «decían que no era posible que gratuitamente diéramos las clases que anunciábamos», aunque lo que más se repetía en las distintas localidades era que las cátedras constituían una excusa para llevar a la gente a una guerra.⁵² En Íllora no se podían hacer listas porque «nadie quiere dar su nombre» y la gente llegó a encerrarse en sus casas a la «espera que venga la guerra».⁵³ La jefa de la cátedra de Santo Tomé, en Jaén, achacaba ese miedo de la población a que habían «pasado una guerra muy mala y la matanza fue horrible».⁵⁴ Otras veces la población rural creía que la llegada de las cátedras y sus espinosas preguntas en materia económica eran una pretexto para una subida de impuestos.⁵⁵

50 "Las Cátedras de Cultura de la Sección Femenina", *Granada Gráfica*, n.º 63, abril-mayo de 1959, s. p.

51 *Granada Gráfica*, Año VIII, 63, abril de 1959, p. 100.

52 AHPJ, 9481, Jódar (1955).

53 AHPG, 3168, Íllora (1955).

54 AHPJ, 9481, Santo Tomé (1957).

55 AHPJ, 9481, Santiago de la Espada (1956).

Sea como fuere, la labor formativa se iniciaba y las reticencias de la población se iban venciendo poco a poco, sobre todo a medida que avanzaban tanto los cursos como los años sesenta. Las clases comenzaban con una misa por la mañana, seguida de la inauguración oficial por parte de las autoridades locales y el izado de la bandera con el himno de España, oraciones e incluso el *cara al sol*. Algunas muchachas tuvieron que ser enseñadas a realizar el saludo fascista, ya que «algunas no sabían». ⁵⁶ Toda una liturgia nacional católica que revestía el plan educativo y asistencial de la cátedra, que impartía clases de nacionalsindicalismo, industrias rurales, economía doméstica, educación física, cocina, corte y confección, labores y trabajos manuales y de convivencia y organización.

Las cátedras ambulantes, además de la instrucción aludida, pretendieron modificar en la medida de lo posible la estética y la higiene de los pueblos por donde pasaban, así como las costumbres de sus habitantes. Una de las labores con efecto inmediato en la armonía visual de los municipios fue la del arreglo, aseo o adecentamiento de las fachadas de las casas a través del reparto de cal en los domicilios al fin de encalar estas. En Alcalá Real, por ejemplo, un pueblo que «en general es limpio» se repartieron más de cien kilos de cal. ⁵⁷ Por otra parte, quisieron influenciar de manera indirecta en las madres de las niñas que acudían a las clases, pues «como iban la mayoría sin peinar, empezamos exigiéndoles fuesen peinadas y lavadas». ⁵⁸

Asimismo, trataron de introducirse dentro de los vecindarios convirtiéndose en intermediarios entre el mundo rural y el régimen franquista, cumpliendo, de un lado, un deber moral y católico, ya que las enviadas de las cátedras ambulantes arreglaron multitud de expedientes matrimoniales de parejas amancebadas; y de otro lado, cumpliendo un deber social, ayudando a los habitantes de estos municipios a regularizar la documentación de los libros de familia, de cartillas agrícolas o realizar los trámites de subsidios de vejez. ⁵⁹ En la localidad granadina de Campotéjar, en 1969, la cátedra resolvió muchas cuestiones sobre seguridad social, ya que se aseguraba que había sido «un éxito la cantidad de consultas y problemas que se están resolviendo». ⁶⁰

Para concluir la estancia de la cátedra ambulante se organizaba un gran acto de clausura de esta en la que participaba prácticamente todo el municipio. En él tomaban voz las autoridades locales, se procedía a la expo-

56 AHPJ, 9481, Jódar (1955) y Génave (1955).

57 AHPJ, 9481, Alcalá la Real (1955).

58 AHPJ, 9481, Jódar (1955).

59 AHPG, 3168, Íllora (1957) y AHPJ, 9482, Solana de Torralba (1962-1964).

60 AHPG, 3168, Campotéjar (1969).

sición de los trabajos manuales realizados, se ejecutaban danzas y bailes populares o tradicionales o se practicaba gimnasia e incluso se cerraba la cátedra con partidos de deportes como el balón-volea.⁶¹

FRANQUISMO O REALIDAD: LA COTIDIANIDAD DE LAS MUJERES RURALES ANDALUZAS

¿Fueron estos estereotipos de género reales durante el franquismo? Lo que la realidad demuestra es que todos ellos tenían un claro fin político, económico y cultural. No cabe duda de que estos circularon, se emplearon y fueron mediados por el «Nuevo Estado» y aquellos agentes que se interesaron por Andalucía en general o por su agro en concreto. También por los propios andaluces y andaluzas del campo a lo largo de sus vidas. Sin embargo, todos ellos fueron mucho más diversos y complejos que estas propias fantasías. Desde sus experiencias, las mujeres jugaron con estos estereotipos y continuamente los emplearon, los rechazaron o los pusieron en cuestión. Las propias fuentes que hemos analizado así lo reflejan.

El contexto socioeconómico descrito de los municipios rurales del oriente andaluz a raíz de la documentación de las cátedras ambulantes resulta de especial relevancia puesto que se convirtió en el escenario en el que la mujer rural se desarrolló de manera trascendental para sus familias y sus comunidades. Y es que, en realidad, podemos decir que en el seno de los pueblos en los que se instalaron los equipos de Sección Femenina se atisbó una competición entre las mujeres campesinas y las componentes de las cátedras, representantes de falangismo y de las mismas estructuras franquistas. Mientras las últimas, provenientes de grupos femeninos de extracción urbana, en gran parte pertenecientes a la élite social y económica, ligadas por lazos familiares a los sectores de grandes terratenientes o a las acomodadas familias de la burguesía agraria andaluza⁶², pretendían imponer el modelo femenino nacionalcatólico adaptado al medio rural sin conocer su heterogeneidad social, otras buscaban explotar al máximo los recursos que estas les podían proporcionar sin comprometerse con ellas o con el régimen, sino precisamente para asegurar el futuro y alcanzar la esperanza de la prosperidad.

Las mujeres rurales, objetivo de la formación, instrucción y adoctrinamiento de las cátedras ambulantes, jugaron un papel protagonista en el mundo rural

61 AHPJ, 9481, Navas de San Juan (1955).

62 Existía el precedente de la Liga de Mujeres Campesinas conformada en los años treinta por mujeres de la burguesía española. Véase por ejemplo el período CEDA de 5 de febrero de 1935, p. 19.

erigiéndose como pilares fundamentales para el sostenimiento y reproducción de sus familias y comunidades, tanto por la envergadura de su trabajo en el campo como por el cuidado de sus hijos e hijas. Porque, además, supieron proyectarse hacia el futuro y aprovechar las pocas oportunidades que el régimen y su mundo rural ofrecían.

Los informes de las cátedras no solo tildaban de apáticas y pasivas a las poblaciones rurales, sino que usaban tales calificativos para señalar la desgana o la falta de interés de las mujeres del campo en relación a las formaciones que se impartían. Sin embargo, ni el mundo rural ni mucho menos las mujeres rurales se encontraban en un proceso de letargo. Las duras condiciones de vida en las zonas agrarias y los bajos salarios percibidos, que raras veces bastaban para sostener la economía doméstica⁶³, implicó a multitud de mujeres en la tarea de garantizar el sustento familiar. Estas trabajadoras fueron ocupadas en una proporción muy considerable en el sector servicios, fundamentalmente como «chicas de servir»,⁶⁴ y, sobre todo, en el sector primario. Ello era debido, de una parte, a que las actividades económicas agroganaderas requerían de una importante cantidad de fuerza de trabajo. Y, de otra, a que las mujeres constituían una mano de obra barata y en consecuencia atractiva para los empresarios agrarios, dado que percibían un jornal inferior al del hombre. En consecuencia, y muy al contrario de la oficialidad, la vida en el campo, aunque monótona, era muy dinámica entendiendo que el trabajo y el cuidado de la casa se llevaban prácticamente todas las horas del día. Así, según el Censo de Población de 1960 en aquel año había en España 594.531 mujeres dedicadas a actividades agrícolas, lo que representaba un 28,04% sobre el total de población femenina económicamente activa (2.119.934). La cifra ascendía a 1.290.745 mujeres, un 60,89% de la población activa femenina, según el Censo de Mujeres Campesinas confeccionado por las mismas fechas.⁶⁵

Las cátedras, apeladas por el discurso nacional-ruralista, primero, y desarrollista después para llevar a las localidades la elevación del nivel de vida del campo, no presentaron atisbos de profundizar en aspectos estructurales que condicionaban el supuesto atraso en que vivían los habitantes del rural. Tampoco se movieron de la coordenada basada en la exaltación del «santo hogar tradicional» para las mujeres. Es por estas razones que entendemos

63 ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (2009), "Las miserias del fascismo rural: las relaciones laborales en la agricultura española, 1936-1948", *Historia Agraria*, 43, pp. 531-334.

64 Sobre el servicio doméstico durante el franquismo: DE DIOS FERNÁNDEZ, Eider (2013), "Las que tienen que servir' y las servidas. La evolución del servicio doméstico en el franquismo y la construcción de la subjetividad femenina", *Revista Historia Autónoma*, 3, pp. 97-111.

65 INE, Censo de Población de 1960; AGA, SF, Censo de Mujeres Campesinas de 1959.

que esa apatía repetitiva se encontraba vinculada con el modelo femenino que las cátedras venían a imponer y que no veían plasmado en la sociedad rural de la época. Lo cierto es que, a pesar de la propaganda del régimen y la imposición de sus estructuras sociales, culturales e ideológicas, el modelo de mujer que el franquismo y la Sección Femenina propugnaban no fue el que se encontraron los equipos de las cátedras ambulantes en el medio rural de la región andaluza que estudiamos. La idea de la mujer como perfecta esposa y madre no pudo cuajar en las mujeres del mundo rural simplemente porque la diversidad social (con predominio de familias jornaleras) y el contexto socioeconómico impidió su desarrollo exitoso.

La Sección Femenina, de hecho, era consciente de la precariedad que sufría la mujer en el campo: «su trabajo es agotador; no solo cuida del marido y de los hijos; atiende la casa, los animales, acarrea el agua, sino que también ayuda al hombre en muchas ocasiones en las faenas agrícolas». ⁶⁶ Sin embargo, este discurso ponía el cuidado del hogar por delante del trabajo cuando la realidad social de los pueblos mostraba todo lo contrario. Ya lo había advertido la Regidora Provincial de Trabajo de la Sección Femenina de Toledo, una provincia eminentemente rural, muchas de las mujeres campesinas eran temporeras o eventuales, por lo que desempeñaban un trabajo estacional que las obligaba a moverse por las distintas zonas de cultivo (vid, olivo, cereales o legumbres). ⁶⁷ Al igual que en la provincia toledana, en el conjunto de localidades de las provincias de Granada y Jaén, las mujeres en el campo se encargaban también del trabajo agrario. Trabajaban de forma temporal en la recolección de la aceituna, arrancando hierbas y garbanzos o recogiendo cereal, ocupándose frecuentemente de «buscar el sustento para los hijos» mientras que el marido emigraba a otras provincias por motivos laborales. ⁶⁸ Del mismo modo, las muchachas jóvenes también se dedicaban a las faenas del campo. ⁶⁹ En la localidad jienense de Villargordo el trabajo de la mujer en las tareas agrícolas era incluso mayor que el del hombre, hasta el punto de que era este quien se quedaba en «la casa al cuidado de los niños y del puchero y las mujeres se van al campo». ⁷⁰

Las mujeres rurales, por tanto, se encontraban en las antípodas del ideal de modelo femenino del nacionalcatolicismo. Las cátedras ambulantes lo ad-

66 GÓMEZ FERNÁNDEZ, Ana Belén (2012), "La labor político-social de Sección Femenina durante el franquismo en Jaén", p. 172.

67 AGA, SF, Censo de Mujeres Campesinas, Correspondencia de salida de la Regiduría Provincial de Trabajo de Toledo de la Sección Femenina, 11/10/60.

68 AHPJ, 9481, Castillo de Locubín (1956).

69 AHPJ, 9481, Santo Tomé (1957).

70 AHPJ, 9481, Villargordo (1957).

virtieron, pero sacaron conclusiones que no soliviantaran su ideario. Pronto tanto profesoras como instructoras juzgaron tales comportamientos femeninos, tachándolos de inapropiados e intentando remediarlos, al tiempo que reforzaban positivamente aquellos que sí se parecían más a las ideas que pretendían inculcar. Así, se redujo la causalidad de que los niños estuvieran «muy mal educados» al «mal» que significaba que las mujeres trabajaran en el campo, pues de esta forma no les era posible «educar a sus hijos» al dejarlos solos durante el día.⁷¹ El tono de este discurso fue evolucionando hasta que en los años sesenta los informes de las cátedras hablaban de abandono de los hijos por parte de las madres, «que no se preocupan de mandar a los hijos a la escuela ya que se van por la mañana temprano a la recolección de la aceituna y no vuelven hasta por la tarde».⁷² Para colmo, el salario de la mujer era hasta 15 pesetas más bajo que el del hombre por el mismo trabajo de ocho horas en la recogida de la aceituna, pues a la altura de 1963 en el municipio de Villargordo (Jaén) las mujeres recibían 61,2 pesetas diarias frente a las 76,05 de los hombres por el mismo trabajo.⁷³ Unas cuestiones, tanto la del trabajo agrario femenino como la del salario, que ya la historiografía se ha encargado de demostrar a través del mencionado Censo de Mujeres Campesinas de 1959⁷⁴, que los informes de las cátedras complementan y amplían, pues nos informan que durante los años sesenta y comienzos de los setenta las mujeres que trabajan en el campo, que en buena parte de los casos lo hacían de forma temporal, no aparecían inscritas en estos censos agrarios «por no haber trabajo suficiente durante el año», «porque solo trabajan unos meses al año» o porque «trabajan nada más por temporadas».⁷⁵

LAS «AGENCIAS» DE LAS MUJERES RURALES ANDALUZAS

Aunque el modelo femenino propuesto por la Sección Femenina en su extensión de las cátedras ambulantes no concordara con la realidad del mundo rural, su labor se ocupó de ir formando a las mujeres en ese rol que debían desempeñar. La mujer del campo y sus familiares vieron con recelo los planes de formación y cursos que se disponían a impartir y la asistencia en un principio fue reducida e irregular, motivada por el exceso de trabajo y por

71 AHPJ, 9481, Villargordo (1957) y AHPJ, 9482, Arroyo del Ojanco (1963).

72 AHPJ, 9482, Solana de Torralba (1962-1964).

73 AHPJ, 9482, Villargordo (1963).

74 ORTEGA LÓPEZ, Teresa María *et al.* (2018), "Mujeres en el tajo. La visibilización de las trabajadoras agrarias durante el franquismo a través del Censo de Mujeres Campesinas (1959)", *Arenal*, 25-1, pp. 5-34.

75 AHPG, 3168, Iznalloz (1972), Benalúa de las Villas (1969) y Dehesas Viejas (1973).

esas reticencias. Sin embargo, las cátedras, pese a su disociación con la realidad, lograron dinamizar la monótona vida rural, captaron la atención y el interés de las mujeres rurales y les otorgaron una esperanza de futuro. En este sentido, las mujeres del mundo rural altoandaluz supieron ver los beneficios que les reportaría la participación en los cursos de las cátedras y desplegaron unas «agencias» propias por el impacto que podían tener en la mejora de su día a día. La propaganda de las cátedras no dejaba de repetir que su única función era la de «perfeccionarles como mujer para el hogar» y centraron sus esfuerzos en formarlas como cuidadoras y laboriosas en el hogar.⁷⁶ Muchas madres de este medio rural, más que aprender a cuidar a sus hijos, buscaban un beneficio directo para su prole en este tipo de cursos como, por ejemplo, las «canastillas» de ropa, comida y medicinas que se repartían junto con el título por haber participado en el curso de «madres ejemplares».⁷⁷ De paso, recibían enseñanzas en puericultura, desde preparar biberones, usar la leche en polvo, hacer papillas, purés de verduras hasta cómo tenían que bañar a los niños.⁷⁸ De la misma forma, las mujeres rurales que asistían a los cursos fueron capacitadas en cocina «ajustándose» para hacer platos con la «escasez de alimentos» que existían en los pueblos o en costura, donde aprendieron a confeccionar, mediante patrones, la ropa que le hacían a sus hijos de forma manual.⁷⁹ No obstante, fue frecuente que las mujeres del campo no asistieran o lo hicieran de forma irregular a este tipo de cursos por su trabajo, pues llegaban tan cansadas que no participaban zurciendo rotos o poniendo botones en su propia ropa aludiendo que «después de trabajar en el esparto no tenían ganas de coser» y colocando como excusa que «no tenían nada que llevar, cuando le estábamos viendo los rotos por todos los lados».⁸⁰

Sin embargo, las mujeres rurales mostraron indiferencia y desinterés en su colaboración con las cátedras ambulantes. Una relación marcada por la desconfianza, tal y como rezaba el informe de la cátedra de Lanjarón (Granada) en 1967: «las madres y hombres se han mostrado un tanto apáticos».⁸¹ Quizá por esa cuestión y por los contramodelos femeninos que en ellas habían observado, las divulgadoras de Sección Femenina pedían centrarse en las juventudes ya que las niñas colaboraban «con un gran entusiasmo» y se constituían como el elemento del que «sacar niñas con estilo y con más

76 AHPJ, 9481, Navas de San Juan (1956).

77 AHPJ, 9481, Porcuna (1955).

78 AHPJ, 9481, Mancha Real (1955) y Orcera (1957).

79 AHPJ, 9482, Villarodrigo (1963).

80 AHPJ, 9481, Jódar (1955).

81 AHPG, 3169, Lanjarón (1967).

ganar de trabajar que las mayores». ⁸² Las jóvenes de dieciséis años eran el objetivo de estas cátedras porque «están en una edad muy buena para atraerlas» mientras que a las mayores era «difícil incorporarlas a nuestro estilo». ⁸³ Se concentraban, así, en modelar a las futuras generaciones en su ideal de mujer: «a este curso [de juventudes] hemos dedicado mucho tiempo y esmero por parecernos de mucha importancia para el futuro del pueblo». ⁸⁴ Pero, aunque asistieron y participaron con mayor o menor grado de interés en los cursos, planes y clases de las cátedras ambulantes, las jóvenes no se adhirieron en su total conjunto ni a los ideales ni al propio régimen a través de sus tentáculos revestidos de formación y propaganda. La prueba de ello es que, una vez finalizados los cursos, la intención de las profesoras de las cátedras era afiliarse a la Sección Femenina a las participantes, pero la mayoría no lo hacían al encontrar «inconvenientes en sus familias». ⁸⁵ Teniendo esto en cuenta, podemos afirmar, asimismo, que la mayor concurrencia a las cátedras por parte de las jóvenes se debía a que veían en ellas no solo una forma de distracción o diversión, sino una vía hacia un futuro mejor. En Deifontes en 1971 la asistencia a la cátedra fue de 45 mujeres «debido a que tenían la necesidad de obtener el certificado del Servicio Social» puesto que todas deseaban volver a emigrar para encontrar trabajo, fortuna y futuro en otro lugar. ⁸⁶ La apatía, ahora, venía determinada por la concepción que tenían las jóvenes de que su estancia en el pueblo no era más que «una transición». ⁸⁷

Así, en un principio, cuando la mayoría de las poblaciones rurales sospechaban de las intenciones de las profesoras e instructoras, quienes asistieron de forma regular e incondicional eran aquellas jóvenes que eran hijas de los hombres más destacados socioeconómicamente hablando de sus comunidades rurales. Se adhirieron sin preguntas a la labor de las cátedras como una manera de plasmar su apoyo al régimen franquista y con el ánimo de acceder, quizá, a una promoción social que las llevara más allá de las fronteras del campo. Como en 1955 afirmaba la jefa de la cátedra de Jódar «tenemos lo mejor del pueblo socialmente»; en Navas de San Juan asistían a la formación «la clase bien del pueblo» y en Alcalá la Real varias mujeres jóvenes que participaban en ella que tenían «estudios superiores» y «estaban bien ambientadas social y económicamente» intentaron usar de

82 AHPJ, 9481, La Carolina (1955).

83 AHPJ, 9481, Orcera (1957).

84 AHPJ, 9481, Castillo de Locubín (1956).

85 AHPJ, 9481, Orcera (1957) y Villarodrigo (1955).

86 AHPG, 3168, Deifontes (1971).

87 AHPG, 3168, Dehesas Viejas (1973).

intermediarias al equipo de la cátedra para «seguir Cursos Nacionales». ⁸⁸ Conforme el temor fue desapareciendo, las jóvenes de las clases medias y bajas también asistieron a las clases de las cátedras con muchas ganas.

Dos sectores de estas chicas fueron, principalmente, las más interesadas. Por un lado, las jóvenes que vivían en cortijos o aldeas cercanas a la localidad principal. Se desplazaban a diario, a veces realizaban siete kilómetros de ida y de vuelta, con varias horas de camino, otorgándole, por lo tanto, un gran valor a estos cursos. ⁸⁹ Estas mujeres asistían a la instrucción de las cátedras por ser una novedad que dinamizaba la rutinaria vida rural, pero también porque eran quienes estaban más cerca del campo, en cortijos en los que solo existían espacios privados y escaseaban los espacios públicos, las diversiones y las oportunidades. En Alcalá la Real, por ejemplo, «es de notar la asistencia de un grupo de señoritas de la vecina aldea de Santa Ana, que tenían que desplazarse diariamente para seguir el curso, interesándoles mucho los bailes». ⁹⁰ Por otra parte, fueron las mujeres analfabetas las que hicieron un mayor esfuerzo por asistir, por las noches y de manera regular, a las clases en las que aprenderían a leer y a escribir y que podrían ser un punto de inflexión en su formación y futuro. En Jódar, por ejemplo, estas clases no estaban previstas por las cátedras, pero «unas muchachas» lo pidieron hasta el punto de que a las instructoras «este curso nos pareció el mejor, por el afán de aprender de las muchachas, cosa rara entre los habitantes del pueblo. Las clases las teníamos de nueve y media a once y no había ni una sola falta de asistencia». ⁹¹ En Porcuna el curso de analfabetas era un «éxito» porque tenían «gran interés y entusiasmo por aprender. Son un poco inconstantes, pero hay un grupo grande que merece la pena por su interés y comportamiento». ⁹²

Estas oportunidades que ofrecían las cátedras ambulantes se vieron ensombrecidas y empequeñecidas, para mayor desilusión de las divulgadoras de la Sección Femenina, por el fenómeno de la emigración del mundo rural que en los años sesenta vino a mitigar los problemas socioeconómicos de estas comunidades. De hecho, la emigración empoderó a las mujeres y a sus familias que dejaron de colaborar y asistir a las cátedras a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. La emigración masculina reposicionó a las mujeres rurales de estas dos regiones del sur español no sólo en sus comunidades locales sino también en la comunidad nacional. La ausencia

88 AHPJ, 9481, Jódar (1955), Génave (1955) y Alcalá la Real (1955).

89 AHPJ, 9482, Villardorigo (1963).

90 AHPJ, 9481, Alcalá la Real (1955).

91 AHPJ, 9481, Jódar (1955).

92 AHPJ, 9481, Porcuna (1955).

de sus maridos, de sus padres y de sus hermanos, aunque no acabó con la jerarquía de género y con la desigualdad que caracterizaba la relación entre hombres y mujeres, las llevó a asumir nuevos roles y deberes «adicionales». En ese cambio de roles intervinieron la carga de trabajo asumida por la esposa o por la hija, el acceso a recursos productivos —gestión de la tierra, del ganado, de la propiedad— y a nuevas oportunidades de empleo, así como a la toma de decisiones en el hogar y a interactuar de manera frecuente con instancias locales y estatales. Su faceta adquirió muchas veces la imagen de «jefa de familia» o de «sostenedoras de hogares», lo que favoreció, de un lado, a que las mujeres rurales desplegasen una «agencia transformadora» entendida en forma de ruptura con el pasado al ampliar su participación en las sociedades rurales.

En las comunidades rurales andaluzas más castigadas por la emigración, tal y como han probado algunas investigaciones, las mujeres emprendieron una auténtica odisea por la salvaguarda de su prole y por la construcción de un futuro marcado por la esperanza de alcanzar la prosperidad en sus municipios. Las mujeres que se quedaron buscaban ese porvenir para sus hijos. Estas mujeres pedían «centros donde los niños del colegio puedan seguir estudiando» y «guarderías donde tener a los niños mientras las madres van al trabajo en época de aceituna» al tiempo que filtraban críticas porque no había futuro para sus hijas: «cada una en su casa». Descorazonador era el testimonio de una joven de entre 16 y 20 años que realizó uno de los cuestionarios de las cátedras ambulantes de Dehesas Viejas en 1973 al afirmar que trabaja en el campo de forma eventual, que le gustaría ser enfermera, pero que creía que se iba a dedicar a ser ama de casa.⁹³

Críticas que fueron en aumento con acciones visibles. Desde la segunda mitad de la década de los setenta del siglo XX las mujeres del campo andaluz rompieron definitivamente su silencio y alzaron su voz en defensa de la plena igualdad de oportunidades y de la sostenibilidad de sus municipios. Sin tapujos y sin complejos visibilizaron, desde el asociacionismo civil, sindical y político⁹⁴, la sempiterna brecha de género y su doble discriminación:

«Las mujeres somos las que con más frecuencia vivimos y sufrimos las consecuencias de la mala sanidad y seguridad, es decir, de los malos servicios sanitarios e higiénicos que sufren las personas que viven en el medio rural».⁹⁵

93 AHPG, 3168, Campotéjar (1969), Benalúa de las Villas (1969) y Dehesas Viejas (1973).

94 ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (2013), "Democratizando la democracia. Estrategias de género de las trabajadoras agrícolas españolas (1977-1990)", *Historia Agraria*, 61, pp. 181-209.

95 Fundación 1º de Mayo. Fondo: Secretaría Confederal de la Mujer de CC.OO. Signatura:

CONCLUSIONES

«Apatía» era la palabra con la que se describía a la vida de la población rural de la Andalucía oriental, pero esta obedecía más a los condicionantes socioeconómicos y la falta de expectativas de futuro que a la propia realidad. Los informes de las cátedras ambulantes de la Sección Femenina nos demuestran una importante diferencia entre la realidad social del mundo rural y del papel de la mujer en sus comunidades con respecto a lo que se pretendía instaurar desde las estructuras ideológicas, sociales y culturales del régimen franquista. Las cátedras ambulantes, al objeto de llegar al mundo rural con su propaganda, aunque lograron introducir los elementos del modelo femenino nacionalcatólico se enfrentaron a unas resistencias derivadas de las características sociales, económicas y culturales de los pueblos.

Así, el modelo nacionalcatólico de feminidad no había logrado arraigarse debido a las características sociales y económicas de las localidades rurales y las cátedras ambulantes trataron de moldearlo, especialmente entre aquellas nuevas generaciones de mujeres, pero sin mucho éxito. La situación socioeconómica llevó a muchas mujeres a convertirse en «desertoras del ángel del hogar». Y es que las mujeres más mayores, las madres, combinaban un trabajo precario y temporal en el campo con el cuidado de sus familias, colocándose por encima de los roles que guardaban para ellas tanto el falangismo en su extensión de Sección Femenina como el propio franquismo. Se erigieron por lo tanto en pilares básicos de manutención y reproducción de sus comunidades rurales. Lejos de esa apatía y desgana vital, las mujeres rurales se dedicaron al trabajo agrario, al cuidado y sustento familiar, confrontaron las vicisitudes de la emigración—tanto la de sus maridos como ejerciéndola ellas mismas—y se proyectaron hacia el futuro en relación con las necesidades y oportunidades culturales y educativa de su prole. En ese contexto, a pesar de las primeras reticencias o resistencias, colaboraron con las cátedras ambulantes aceptándolas en buena parte para aprovechar los recursos que ofrecían siempre que no se contrapusieran con sus necesidades reales y más perentorias: comida, ropa, medicinas o incluso aprender a leer y escribir.

La emigración masiva de los años sesenta redefinió los roles y las relaciones sociales en el mundo rural, empoderando a las mujeres del campo que ya no necesitaban unos cursos como los de las cátedras que dinamizaran la vida monótona en los pueblos o que les permitieran capacitarse profesionalmente, porque el trabajo que existía en las ciudades industriales españolas y europeas les ofrecía un mejor futuro. Sin embargo, muchas de estas mujeres se quedaron en las localidades rurales—sobre todo porque emigraron

solamente sus maridos— y pusieron el foco en el bienestar de sus pueblos y en el devenir de sus hijos e hijas, siendo conscientes de que el progreso solo lo hallarían con una plena igualdad de oportunidades.